

HUMANISMO Y MEDICINA

Prof. VICTOR SORIANO *

Ofrecemos esta Conferencia como un homenaje al 10.º año de labor realizada por el Prof. Dr. Elyseu Paglioli y sus colaboradores en el Instituto de Neuro Cirugía de Porto Alegre y como un testimonio de admiración y afecto por la eficacia, justeza y elevadas miras con que realiza aquel su doble función de Profesor de Neuro Cirugía y Rector de la Universidad.

Me place haber comprobado que el Decano de esta Facultad el Prof. Guerra Blessmann ha impreso un carácter especial a la Enseñanza y le ha dado una orientación acorde con las modernas concepciones de la Educación Médica, procurando conciliar la Técnica con la Cultura Humanística.

Aprovecho esta Tribuna para agradecer todas las atenciones de que fuimos objeto en Porto Alegre y muy especialmente a nuestro querido amigo el Prof. Dr. Celso Aquino.

Agradezco también la gentileza del Instituto Cultural Brasileiro Uruguayo que establece los vínculos de los dos países en el plano más elevado de la amistad y el intercambio intelectual, entre nuestros pueblos tan próximos geográfica y espiritualmente.

Señores —

Hemos de analizar en esta exposición al hombre en su doble función de hombre y profesional. Ver que leyes regulan su conducta y lo conducen al éxito o fracaso de su destino y establecer la importancia de la cultura Humanística especialmente para aquellos que dedican su vida a la Profesión de Médico.

Señores —

Afirma Aldous Huxley: "El sabio inventó el avión y el mono lo maneja."

Esta aseveración se puede aplicar a muchos aspectos de la actividad humana.

Produce el científico un invento, trae el estadista leyes, extrae el filósofo el

significado de la existencia y la perversidad, ignorancia y torpeza del hombre constituyen todas estas conquistas.

Son muy pocos los que tienen conciencia del verdadero bien y a ellos les incumbe la pesada tarea de frenar los instintos desviados que tienden a aniquilar el impulso civilizador de los conocimientos y de los adelantos científicos.

Se avanza por un lado; pero paralelo al mismo corre siniestra la sombra del mal, tratando de cortar el paso y de trastocar la bondad de la conquista en un siervo de sus maléficos designios.

Busca el sabio dolorido por el sufrimiento del hombre la causa de su tormento y lo encuentra allí en el minúsculo e imperceptible microbio; un soplo de bonanza se extiende sobre la aflicción. Y la sombra maldita habla de guerra bactericida...

Los Diez Mandamientos, fueron la primer legislación social que trazó a los hombres las normas de la convivencia, el respeto por el derecho de los otros seres, el freno a la corrupción y el egoísmo.

Aristóteles, Platon, soñaron en la protección de las masas y la canalización de sus actividades, el logro de su aspiración, el engranaje armónico de las sociedades humanas. Y la sombra maldita habla de dictadura...

Busca el físico comprender al Gran Arquitecto escrutando el átomo, ladrillo de toda construcción material, piedra fundamental de la naturaleza.

Ante él se rinde con toda su terrible potencia el principio de los principios la fisión del átomo, nuevas fuentes de potencial energético se abren para el hombre. Y la sombra maldita ruje, guerra atómica, destrucción total...

Busca el filósofo, a través de todos los tiempos, a la vera de todos los caminos de la inteligencia, el motivo de nuestra existencia y la substancia de nuestro

* Da Faculdade de Medicina de Montevideo

espíritu. Y la sombra perversa lo desvía, lo coloca Más allá del Bien y del Mal, quiere eludir la responsabilidad del hombre, sentirse omnipotente y con el cinismo del que se cree superior a toda crítica y toda sanción funda la ley de la fuerza y bajo su impulso surgen los tiranos, egoístas, insensibles, malvados...

Parece haber una ley oculta para nuestro entendimiento que hace que todo pro tenga su contra.

Frente a Dios está el Demonio, frente al Cielo, el Infierno, existe Bien y Mal, Recompensa y Castigo. De esas fuerzas en continua lucha, surge la chispa de luz del entendimiento.

Pero un entendimiento plagado de responsabilidades. Hasta hace muy poco los físicos buscaban otra comprobación de la ley antedicha acerca de la partícula más pequeña del mundo, el proton y se descubrió el antiproton, de cuyo choque la materia se transforma en energía y desaparece.

La necesidad de amplitud de los conocimientos se hace evidente para todos los seres humanos. Principalmente para aquellos que se encuentran en puestos claves de la sociedad.

Un gobernante culto se transforma en proctetor y servidor del pueblo. Un pueblo culto evita el espíritu de rebaño que constituye una tentación para los dictadores en ciernes.

Las profesiones deben extender sus conocimientos humanísticos para integrarse com mayor perfección en la constitución del cerebro universal, la conciencia de una época.

Si el cerebro humano posee áreas especializadas para cada función orgánica, las distintas profesiones, y oficios son las áreas especializadas de la humanidad, y de su armónico intercambio depende la paz de los pueblos.

Si hemos de tener una noción trascendental del motivo de la vida, debemos velar por el progreso de los conocimientos y por su mayor difusión. Buscar el bien de una manera conciente y no por una reacción contra el mal. El cual felizmente es ese su destino, para contrarrestar la pasividad de la ignorancia por la prueba de fuego de su dolorosa fealdad.

Y demostrarnos que el bien se aprecia más por su ausencia que por su presencia.

Así confiesa Mefistofeles cuando Fausto le pregunta quien es y dice **"Una parte de aquella fuerza que siempre busca el mal y que siempre hace bien"**.

La conformación de la personalidad humana se debe a muchos factores, unos voluntarios, otros accidentales, unos heredados, otros adquiridos.

Llamamos cultura a aquel capital espiritual que el hombre ha ido acumulando através de sus estudios universitarios, a través de libros, y a través de su experiencia.

Pero para que la cultura sea efectiva ha de ser no solamente un conjunto de datos más o menos copiosos, sino que ha de actuar sobre la personalidad del individuo y mejorarla en varios aspectos.

Uno de los secretos más codiciados para el hombre es aquel de servirse de sus conocimientos de un modo efectivo, aplicándolos de una manera acertada que le permita señorear sobre su vida. La incapacidad para valerse de la experiencia, o para emplear los principios morales o filosóficos en cualquier situación conflictiva, coloca al individuo en el dilema del que tiene que participar en un juego y no sabe que hacer con las cartas que el destino le puso en sus manos.

Dice el Eclesiastés, **aquel que domina su alma es más fuerte que el que toma una ciudad.**

Debe el hombre lograr una superestructura que lo eleve por encima de las pequeñeces, que le brinde serenidad en sus decisiones, confianza en su destino.

Y esa señores es la función de la cultura. Veamos por que caminos se logra y cual es su significado para el hombre, como hombre y como profesional.

En esta era de gran tecnicismo y especialización el ser humano tiene tendencia a enclaustrar su pensamiento en las cuatro paredes de sus actividades diarias. Fuera de ellas es más incompetente que un niño porque no tiene ya como éste la facultad para maravillarse por el espectáculo variado de la vida. Ha perdido la frescura para ver, para sentir y para asimilar todo lo que no esté dentro de la esfera de su actividad profesional científica o comercial.

Parecen lisiados mentales, condenados a estar todos los días frente a una misma ventana y ver desarrollarse siempre el mismo espectáculo sin imaginar que es lo que pasa por las otras vías del pensamiento.

Uno de los mayores peligros que esta actitud engendra para la personalidad es el de la magnificación desproporcionada de su propia profesión, de su propia importancia, y que acarrea reacciones frente a los acontecimientos de la vida, faltos de lógica y penosos para la sensibilidad.

De allí el sentido de frustración, los agotamientos nerviosos, los odios, pesimismo e impulsos de venganza y agresión.

La vida es ciertamente una esfinge que se apresta a devorar a quien no sabe descifrar su secreto. De igual manera como hay leyes para que un conjunto de sonidos pasen de la categoría de ruidos a música, que la ordenación medida y musicalidad de las palabras se transformen en poesías, y que ambas hagan despertar emociones agradables al espíritu, hay ciertas leyes a las cuales debe sujetarse el hombre para mantener su equilibrio espiritual y gozar de los bienes de la naturaleza, de la vida y de la humanidad.

Cada ser que nace es un rico herdero. Sus antepasados llegaron al mundo como rudos pioneros para conquistar para él los elementos. No fué sólo Prometeo que robó al sol el fuego para dárselo a los hombres, sino esos pobres seres mitad hombres, mitad bestias en sus balbuceos inteligentes, que tallaron la primera flecha, que inventaron más tarde, en la rueda el primer fundamento de la mecánica, que fueron haciendo del mundo agresivo, y peligroso la hermosa y segura habitación del hombre. Y desde entonces hasta nuestros días, cuantos inventos, cuantas conquistas del mundo moral y material no fueron siendo atesoradas por las figuras cumbres de todas las épocas. Ya para ellos no existe el tiempo, comulgan con todas las generaciones y se los puede encontrar juntos haciendo caso omiso de las centurias que separó sus vidas, en los anaqueles de todas las bibliotecas del mundo. **Y quien pose su mirada sobre este vasto y rico pasado, quien se empa-**

rente y constituya una familia con los grandes de todos los tiempos, sentirá que a medida que disminuye el concepto temporal de su propia vida, se le ensancha y magnifica el alma. Comprendemos entonces que la humanidad es un gigante cuyos pies se asientan en el pasado y crece incesantemente hacia el porvenir. Y el ser humano un mero glóbulo rojo que circula un tiempo muy breve por sus arterias y se disuelve, siendo reemplazado por muchos otros que correrán su misma suerte.

La noción de la fugacidad de la vida asigna importancia a ciertas actitudes espirituales y resta a otras toda trascendencia. Es así que antes de alejarnos del escenario de la vida, tenemos el deber de admirar y comprender todas las maravillas que esta encierra, y por otro lado esta noción de tránsito depura el espíritu de aquellas pasiones y egoísmos que tienden a magnificar nuestra existencia hasta hacer olvidar las normas que dan al ser humano el nombre de civilizado.

Señores —

Hay en toda vida un prisionero para libertar, que cerrado bajo siete llaves, sufre la atmósfera afixiante del calabozo del egoísmo. Su liberación depende de la comprensión de su condición y del origen de su desdicha. Alguien dijo: el esclavo que trabaja por su libertad ya se siente medio libre.

Así cuando a través de la cultura, de las luces de la moral y de la filosofía, el hombre aprende a objetivarse y trata de reestructurar su espíritu al resplandor de la inteligencia, es cuando como al sonido de las trompetas caen los muros de Jericó y libra el alma de los cercos que la oprimían y ocultaban a su entendimiento la belleza de la vida, la hermosura y sabiduría que se encuentra diseminada en la naturaleza. Comprende en ese instante las leyes morales cuya transgresión traen el desconcierto y la perversión en las relaciones humanas, y es entonces cuando tiene un destino que llenar y una idea que corporizar. La creación de su anatomía espiritual, eligiendo para su constitución los mejores elementos.

Aquellos que brinda el estudio de todos los que reflejaron en su espíritu como en un espejo multifacético, las distintas ramas del arte y de la ciencia que en-

frentan al hombre con la verdad y con la belleza.

Para esto es importante organizarse mentalmente. A través de la existencia, en su paso por las Universidades, escuelas, en el ambiente familiar, en las conferencias etc., se recogen fragmentos de la verdad que se asemejan a frases sueltas que las ráfagas trajeran a nuestros oídos y con las cuales no atináramos a extraer ningún sentido. Se hace necesario completar esas frases inconexas esos mensajes trancos de la verdadera naturaleza de las cosas, por medio de la meditación y el estudio. Cuando el espíritu está impregnado de los principios fundamentales de la conducta humana, estos se volverán un hábito y la columna vertebral de nuestros pensamientos.

Y cuando la acción nos exija tomar resolución habremos de seguir siempre el partido de la justicia sabiendo que esta beneficia a todos por igual.

La adquisición de principios morales hace que se tenga una conducta distinta a la que acostumbramos a ver imperar en el mundo. Se ha dicho con cinismo que el fin justifica los medios.

Y es una de las características de la vida el que no haya fines sino principios: cada etapa que cierra un ciclo, comienza indefinidamente otro, y lo único que es permanente es la manera como el hombre se conduce frente a las variadas situaciones y problemas que le ofrece la existencia.

Señores —

Como los instrumentos necesitan cierta tensión en su cordaje y responder al mismo diapason dando el "la" que les sirve de plataforma a sus polifonas gargantas para que haya unidad y cohesión en la orquestación de su aporte musical, así deben las almas ponerse a tono con reglas morales para que su pensamiento esté depurado y la orquestación de sus esfuerzos rinda una sociedad armónica y coherente. Si el ajuste es acertado, el hombre poseerá fé, y si falla ocurrirá lo que dice muy sabiamente Gautama Buda. **"Si la fé del hombre es inestable, si no conoce la verdadera ley, si su paz mental está perturbada, su conocimiento nunca será perfecto."**

Y el que perfeccione sus conocimientos poseerá el sentido de la proporción y

la medida, y participará del secreto que rige todos los acontecimientos morales y materiales.

Proporción y medida, nadie más que el médico puede valorar lo que estas dos palabras significan en la vida. Si nuestra temperatura sufre alteraciones de grado lo notamos, si la proporción de sustancias químicas necesarias a nuestro metabolismo se altera, se afecta nuestra salud, los azúcares, las proteínas, las grasas, los minerales, oxígeno, anhídrido carbónico, deben mantenerse en un nivel adecuado. Todos los cambios han de efectuarse dentro de cierto marco de ritmo en el tiempo, cantidad y densidad para que pueda prolongarse nuestra existencia, y estos cambios y estas oscilaciones ocurren todos los instantes de la vida, y nos corresponde a nosotros los médicos el mantenerla dentro de los cauces de la normalidad. Para ello hemos puesto largos años de dedicación y estudios que nos han brindado las técnicas para establecer esta vigilancia. Todo cuanto adquirimos se obtiene del rico capital de observación y experiencia.

Desde el oscuro hechicero que extraía del jugo de las hierbas, el misterioso elixir que contrarresta la enfermedad, hasta Hipócrates dando un carácter científico y coherente a nuestra arte, Vesalio, Harvey, Galeno, Pasteur, Jener, Paracelso, Roentgen, Freud y muchos otros nos han brindado los instrumentos de observación, han afinado nuestro criterio y descubierto mucho de los misterios de aquellas enfermedades implacables destruyendo con su visión el mito de su fatalidad. No hay un solo médico en el mundo que no deba recorrer las avenidas del pensamiento de todos estos padres de la medicina para ejercer con propiedad su arte. Y si se hace esto necesario para formar un técnico, un profesional, un hombre capaz de ser el depositario de la confianza de sus congéneres cuando tienen su existencia física en peligro; **¿qué diremos volviendo los ojos en otro sentido, de la necesidad del hombre de llenar su papel no sólo ya como técnico, sino también como ser humano? ¿Es acaso nuestra existencia física más importante que nuestra existencia espiritual?** Y sin embargo es mucho más fácil el advertir un malestar orgánico, que la falla o deteriorización de nuestras actividades men-

tales. Tenemos una noción más clara cuando vemos a un ser si parece o no enfermo, que si es o no perverso. Y no sólo con nuestros congéneres lo más peligroso es que no lo advertimos con nosotros mismos. **Esto ocurre porque no se aprovecha del mismo modo que lo hacemos con aquellos maestros que nos enseñaron el arte de curar, aquellos otros que a través de las doctrinas filosóficas y las leyes morales nos enseñan el arte de ser hombres.**

Todas las actividades superiores del espíritu tienden a llenar un arquetipo ideal del ser humano. La religión quiere hombres más buenos, el derecho más justos, la medicina más sanos, la ciencia más sabios.

Así como el feto toma de la madre todas las substancias que han de componer sus huesos, cartílagos, humores, músculos, nervios. Así el asimilar ideas morales, principios científicos, conocimientos históricos aportes artísticos de otros seres, hace que el hombre forje la columna vertebral de su voluntad, apunte su vocación, ajuste sus reacciones, amplíe su visión de toda la humanidad y cree por esfuerzo propio una anatomía armoniosa y equilibrada para su espíritu.

Esta es una labor que se inicia cuando niño y que dura toda la vida. En el pasado, sólo los aristócratas contaban con preceptores que cuidaban que el espíritu de sus pupilos abarcara todos aquellos conocimientos y virtudes que hicieran de ellos verdaderos caballeros. **Hoy las ciencias y las artes se han democratizado; pero hace falta darle a cada uno de los que aplican su vida al cultivo de las ramas del arte y de la ciencia, la noción de una visión panorámica de las demás actividades, para que sepa que juega su papel en el conjunto y se sienta mancomunado con el esfuerzo de los demás y amplíe su concepto de la vida.**

Todos los grandes hombres de la historia poseyeron esta amplitud de espíritu.

Franklin es el símbolo de que cuando un hombre tiene fuerza sube por cualquier parte.

Como muchos genios pasó desapercibido durante sus años escolares no siendo particularmente estimado por su inteligencia. El fué un verdadero autodidacta, de simple linotipista creció no solo en su

arte sino en todo aquello que se propusiera su sagaz espíritu.

Por si mismo se introdujo en el estudio de las matemáticas, y adquirió de igual modo el francés, el español y el italiano y todo lo podía abarcar esa mente enciclopédica. En pocos meses absorbió lo que se conocía acerca de la electricidad, e inventó los vocablos que aún se usan para explicar sus características, como ser batería, electricidad positiva y negativa etc., con las cual él anotaba las propiedades de los fenómenos eléctricos.

Muchas sociedades lo honraron con el título de Doctor y su genio iluminó su época en variadas direcciones, su sentido humanista lo llevó a interesarse por los negocios públicos y fue uno de los padres de la independencia de los Estados Unidos.

Otro ejemplo de mentalidad universal lo tenemos en Leonardo de Vinci, pintor, escritor, inventor, demostró como Goethe que la inteligencia sabiamente cultivada, ilumina todo cuanto enfoca.

Al igual que los exploradores de continentes, los exploradores de ideas conquistan para la humanidad nuevas plataformas para el pensamiento y es en ese mundo en el del pensamiento que el ser verdaderamente vive, sufre o goza. Nada se ha perdido mientras haya entereza espiritual y moral y cuando esta falta, se desmorona el mundo de las ideas.

Por eso en última instancia podrá el hombre vivir sin alguno de los adelantos científicos, sin algunas de las creaciones artísticas que recrean su sensibilidad; pero lo que no puede es vivir sin moral, lo que no puede es descuidar su conducta porque esta a la vez que denuncia su calidad como persona, influye en los que lo rodean y da el tono a sus relaciones humanas. Por eso aquellos que nos brindan ejemplos de moral y de conducta deben figurar como de los mayores benefactores de la humanidad.

No importa cual sea su cuna y su rango, su color ou su patria, ellos trascienden las fronteras de los países y destruyen los límites del tiempo, permanecen como luminarias que alumbran y guían a toda la humanidad.

Hubo una vez un emperador que fue humilde como un esclavo, que preservó su espíritu de todas las tentaciones a que

el poder y la riqueza pudieran inducirlo y envilecer su alma. Y hubo un esclavo que señoreó como un emperador porque poseía la mayor de las libertades, la de un espíritu puro, libre de las pasiones. **Y así como una cumbre se mide con otra, estas dos almas dieron ejemplos de dignidad y lecciones de sabiduría a todos sus congéneres. Marco Aurelio se llamó emperador, y Epicteto el esclavo. No hay rango señores para estas mentalidades, desbordan su época y las distinciones mundanas, su marco es la eternidad.**

El estudio de estas vidas tan lejanas en el tiempo, pero tan cerca de todas las necesidades humanas de perfección, brindan al espíritu la serenidad que da el sentido de proporción. Y la posición del hombre en el tiempo y en el espacio.

En esta era de preparación técnica, y falta de desarrollo emocional y espiritual amplio e imparcial para abarcar otras ramas del conocimiento, hemos dado origen a una monstruosa creación. Hemos dado amplios poderes para dirigir y para actuar, para servirse de los grandes progresos técnicos, y para medrar en la vida, a seres cuyas reacciones por lo primitivas constituyen un peligro para la civilización. Y los encontramos dirigiendo los destinos de muchos pueblos bajo el guante de hierro del tirano, planificando ataques atómicos a otras naciones, usando el odio, la violencia y la suspicacia como técnica. Su falta de desarrollo humanístico les impide ver más allá de la esfera limitadas del presente y visualizar los efectos desastrosos de sus erradas conductas. Y todo esto son problemas exclusivamente de educación, y para ellos aun resuenan vibrantes las palabras de Sarmiento el gran educador argentino: **"Más que en los fusiles, tengo fé en las escuelas para desarmar a esos bárbaros."**

Señores —

En un principio la facultad de curar era ejercida por seres cuya ascendencia moral predisponía al paciente a recibir su benéfica influencia. Hubo un tiempo que hasta a los reyes se les atribuía propiedades curativas y no era raro ver a lo largo de las calles por las cuales habría de pasar la real comitiva, todo el drama de la naturaleza afectada por la más variada patología.

Las madres alcanzaban a sus hijos y creían que sólo el posar las manos del monarca sobre sus criaturas, disiparía de ellas sus males.

El influjo benéfico que puede ejercer un médico sobre el paciente dimana en primera instancia de su personalidad. El ejercicio de la medicina reclama con igual exigencia una preparación técnica que una preparación espiritual para practicar el arte.

La autoridad que hoy día ejerce un médico sobre su paciente, debe ser impartida por una mente ejercitada en la comprensión tanto del cuerpo como del espíritu y en captar el problema sin desglosar esta unidad y sacar todas las ventajas posibles de las fuentes de reserva que la naturaleza atesora para ciertas emergencias.

En las relaciones profesionales el médico debe adoptar una actitud apropiada para el mejor desarrollo de su función, no ser ni solícito en extremo, ni asumir un aire de olímpica superioridad, debe ser justo, amable, comprensivo, inspirar confianza y respeto a la vez que autoridad. Esto no puede realizarse si no se ha aprendido a dominar el espíritu, sino tiene conciencia de su posición y responsabilidad.

El conjunto de pacientes que desfilan diariamente frente al médico es casi siempre de lo más heterogéneo, ellos pertenecen a muchos grupos sociales y poseen cultura y posición financiera diferentes. Casi no hay facultativos que puedan afirmar que asisten exclusivamente a un grupo social definido, de manera que debe el médico poseer la elasticidad mental y criterio suficientes para conducirse frente al rico o al pobre, al culto o al inculto, con comprensión para los unos y los otros y poder hablar y actuar sobre ellos con la autoridad y afecto necesarios. Esto solo se logra si se tiene un conocimiento ajustado del alma humana, si el acervo de cultura general es suficientemente importante y la palabra del médico tiene en sí fuerza y persuasión y el pensamiento es lo suficientemente dúctil para adaptarse a cualquier circunstancia y a cualquier individuo.

Ya desde el momento en que el enfermo se encuentra frente al médico en su consultorio debe éste comenzar su ac-

ción terapéutica, y debe salir del consultorio con el tratamiento ya iniciado. Es errónea la creencia de que la terapéutica comienza con las inyecciones, las cucharadas o los comprimidos que el paciente obtiene en la farmacia. Desde el instante que se aproxima al médico a narrarle su historia y recibir indicaciones y consejos, debe él sentir la influencia benéfica de la medicina y eso el médico lo consigue si tiene comprensión, imaginación y tacto para escuchar y hablar con su paciente.

El médico humanista con sus palabras puede quitar la congoja producida por situaciones físicas catastróficas. Mencionaremos un ejemplo ilustrativo: Un hombre joven de 21 años al zambullirse toca fondo con la cabeza y se fractura la columna cervical; consecuencia, una cuadriplejía. El enfermo en el primer momento no tiene en absoluto noción de la gravedad de su estado, pasan los días, las semanas, los meses y se ve inmóvil. La recuperación de los miembros superiores es progresiva; pero lenta, mientras los miembros inferiores por semanas totalmente inmovilizados, apenas vislumbran algunos desplazamientos ligeros de los dedos de los pies. Imaginemos cuantas ideas sombrías cruzarán como tenebrosos murciélagos los ámbitos de su mente. Este joven vigoroso, atlético, campeón en el deporte, al verse totalmente invalidado, sin posibilidad de atender lo más esenciales y pequeños menesteres.

Técnicamente la medicina puede aplicar toda una gama organizada de procedimientos; pero el espíritu del paciente se mantiene firmemente sombrío y las crisis de desesperación se suceden cada vez con más frecuencia.

¿Qué hacer? ¿Qué decirle a este ser que le haga aceptar su nueva condición pero no rendirse a ella? ¿Qué decirle a este atleta que hasta hace poco tiempo tenía a su disposición un conjunto de músculos nervios y articulaciones que se movían con singular destreza, y cuyo cuerpo ahora rígido se ha transformado en una prisión intolerable para su alma? Y ahora encallado en la cama sanatorial parece un barco varado sin otro motivo que el desprenderse de su inmovilidad. Lo primero que hacemos es preparar su espíritu para afrontar el largo período de tiempo que demandará su lenta y traba-

josa recuperación. Tenemos que hacer de él ahora un atleta del espíritu, fortalecer su voluntad, despertar su deseo de vivir, crear un espíritu tenaz capaz de conformarse con poco; pero manteniendo viva el ansia de obtener más.

Tenemos a su favor la juventud, y hacemos ver que el tiempo no cuenta, en la escala de las magnitudes en la recuperación de su salud está en la situación de un niño que ahorra centavos; pero esos centavos acumulados se transformarán en pesos, en decenas, en centenas y mismo en miles de pesos. La visión de una realidad en la cual la mejoría será la consecuencia del acúmulo de ventajas lentamente adquiridas, sirve para que el paciente se acondicione para vivir en la nueva emergencia.

Le recordamos que su psiquis está bien y que si sus miembros son incapaces de responder a la acción de su voluntad, podía haber quedado a la inversa y que poseyendo buenos miembros, robustos, dóciles, su psiquis estuviera profundamente alterada. Es indudable que en el trance de quedar mentalmente lisiado, el serlo físicamente pierde el carácter angustioso de la peor de las catástrofes. No deja de ser una conformidad el saber que dentro del desastre, lo principal que es la mente, el espíritu, se ha salvado.

La existencia está llena de contingencias agradables y desagradables, alegres y dolorosas, se debe estar preparado para aceptar las unas y las otras como una de las condiciones de la vida humana.

Procuramos infundirle valor y no rendirse sino luchar por lo que es justo: su derecho a la vida. Y de mantener ese coraje es tan necesario y que llevó al Almirante Chester Nimitz a decir en una oración:

"Dios, dame el coraje de cambiar las cosas que yo pueda cambiar, la serenidad de aceptar aquellas que yo no pueda cambiar, y la sabedoría de saber la diferencia. Pero sí Dios dame coraje de no rendirme en lo que yo pienso que es recto aunque yo piense que es sin esperanza."

Uno de los escollos más difíciles de salvar frente a estos enfermos es la impaciencia, el tiempo les parece muy largo y la progresión muy lenta. Tratando de

encuadrar el concepto de tiempo dentro de su esquema de vida, le decimos que el período que demandará su tratamiento a la edad de 21 años, puede equipararse al caso de un estudiante que hubiera perdido un curso y tuviera que repetirlo el año siguiente. En la historia de una vida este es un incidente sin importancia, y que dedicar este lapso de tiempo para recuperar el uso de miembros paralizados en realidad es muy poco.

Al presentar su caso desde ángulos especiales para que tome perspectiva de su situación, puede conseguirse que el enfermo salga de su estado de penuria psíquica para mirar su presente y su futuro con calma, energía y resolución.

Lo que le atañe al médico en estos casos es ajeno a lo que puedan producir las drogas o las artes manuales aplicadas a la terapéutica.

El médico debe saber valorar el caso clínico y comprender el problema espiritual del paciente y con su palabra darle la mejor solución que puede ofrecerle. Y es absolutamente necesario para el facultativo el ejercitar su espíritu en la fuente de los conocimientos humanísticos para agregar a su arsenal terapéutico aquel de las palabras eficaces y útiles para equilibrar un espíritu quebrado por el impacto de la enfermedad y decir lo necesario con autoridad y convicción.

La medicina ofrece a veces problemas de diagnóstico fuera de los límites físicos del paciente. Y es necesario descubrir el causante de su disturbio si es que queremos remediar el mal. Narraremos a título de ejemplo el caso de una señora que se presentó al consultorio enviada por un colega para su estudio. Mostraba la paciente un cuadro de disnea con crisis de angustia. La observación clínica minuciosa y los exámenes complementarios de la misma no pusieron de manifiesto una explicación satisfactoria para su disturbio físico. Continuamos pues la pesquisa en la esfera psíquica de la paciente y en el marco ambiental en que se desarrolla su existencia. Ese mismo día el esposo concurre a interesarse por el estado de su cónyuge, desea saber del diagnóstico. Apenas comenzó a hablar me di cuenta que estaba enfrente del agente patógeno causante del malestar de la paciente. Tuve frente a mi a un hombre nervioso, ir-

ritado con un cierto grado de agresividad, receloso y descontento.

Tratamos de impartir a esta entrevista un tono de calma y serenidad con el objeto de sedar y tranquilizar nuestro interlocutor. De su relato se extrae que su esposa ha contraído matrimonio con él en segundas nupcias, y que ha aportado al hogar cuatro hijos del matrimonio anterior, no teniendo ninguno de nuestro visitante.

Dice que su día transcurre sobre un fondo de descontento y de continuo estado de agresión lo cual lo hace muy infeliz. Es evidente que no hay necesidad de ser psiquiatra para adivinar la índole de todo su malestar, y para comprender que si bien la consulta fué determinada por la señora el verdadero enfermo y el causante de las molestias de aquella, era el esposo y que había que tratar a este y reconciliarlo con una realidad que empañaba su espíritu y trastornaba su hogar.

Fué una tarea delicada y difícil obtener que este hombre que no había ido al médico sino para informarse del estado de su esposa, fuera entrando en el terreno de la confianza sin que nuestras preguntas o consejos despertaran en él recelo, o una reacción desfavorable para nuestros propósitos.

Lo que conquista siempre el espíritu de un paciente puede resumirse en una sola palabra: comprensión. El sentirse comprendido hace caer los diques de la reserva, y este ser al cual en el curso de nuestra conversación le dimos a entender que interpretábamos el trance por el cual estaba pasando, derramó ante nuestros ojos toda su miseria anímica y solicitó consejo y ayuda.

Es en estas instancias donde se hace necesaria aplicar lo adquirido en todas las fuentes del conocimiento humano. Aquel gramo de filosofía que hace vislumbrar el misterio de la conducta humana, aquellas reglas morales que ponen el orden en el caos y aquella penetración que agudiza la lógica, todo colabora en la elaboración de un consejo destinado a restablecer la armonía de los cuerpos y las almas y tiene tanto o más valor que el recetario de drogas y específicos que ya vienen standartizados.

La influencia que el médico puede ejercer sobre una vida y variar y encau-

zar su derrotero es muy grande, pero donde hay poder hay responsabilidad. Una asistencia descuidada, frases dichas sin meditar en su alcance pueden causar un efecto desastroso en el paciente. De allí se desprende que la cultura humanística en el médico no es sólo deseable sino que constituye una necesidad y una de las armas más eficaces en el delicado arte de curar. Días atrás mientras volvíamos de una cena de confraternidad entre colegas y compañeros de estudio, una distinguida psiquiatra uruguaya a quien ofrecimos dejar en su domicilio, se quejaba de la falta de tacto y de la inconsciencia conque ciertos médicos hablan delante de sus pacientes, causando un perjuicio que no iba ser subsanado con la medicación que tienden con mano displicente.

Estos médicos pueden ser como técnicos muy competentes, como estudiosos, muy sacrificados, pero son un fracaso como médicos porque olvidan el viejo y sabio aforismo: "Primum non nocere". Primero no hacer daño. Hay una materia que falta en la carrera médica, y es humanismo, el conocimiento de lo que significa el hombre en su conjunto, las inquietudes que agitan su mente, los acontecimientos que gravitan en su existencia, y para esto se debe adquirir una cultura general que haga que el espíritu del médico sea perspicaz, sutil, alerta y eficaz.

Desde el momento que el hombre elige como carrera las ciencias médicas, debe saber que esta no es solamente un medio para ganarse el sustento diario y encuadrar dentro de cierta actividad en el engranaje de artes, oficios y ocupaciones con que la humanidad divide la tarea de hacer agradable, útil y segura la existencia. **Sino que su material de trabajo es la vida misma, perene en su continuidad, frágil en unidad, expuesta a todas las agresiones, y de la cual debe ser el médico su más decidido protector su defensor más denodado.** No se trata solamente de salvarla sino también de apuntalarla, y de prevenir al menor indicio a la primera grieta, aquello que amenaza con desmoronar, perjudicar o atacar contra la misma. Y debe el futuro médico aprender desde estudiante no sólo técnica aunque esta es cada día más variada y más completa, sino también de

sus maestros el ejemplo de lo que hace del médico no solo una persona capacitada para ejercer una profesión sino que esté imbuído del espíritu y la transcendencia de la misma.

Nos ocuparemos ahora del humanismo en el médico que ejerce la docencia.

El que arriba a cargo de Profesor en la Facultad de Medicina, debe tener la visión de que los jóvenes que se agrupan a su alrededor aprenden algo más que lo que se desprende de sus palabras. Sus gestos, sus actitudes, su carácter y su moral están incesantemente actuando sobre su psiquis como aquellos rayos cósmicos que invisibles para nosotros bombardean sin interrupción la superficie de nuestro planeta. Un profesor descuidado en el actuar o en el decir, cínico con el enfermo, burlón frente a las debilidades humanas, está viciando en sus fuentes el venero sagrado de la enseñanza médica.

Menos peligroso pero también ineficaz es el Profesor distante, solemne como investido de una superioridad que los hace distinto a sus congéneres que tiene la fina crueldad de ridicularizar a los jóvenes, como si el haber vivido más tiempo le diera derecho a mortificar a los que recién se inician en el largo camino de los conocimientos. Estos no merecen el nombre de maestros, porque tampoco aprendieron el arte de enseñar. El Profesor debe estimular la confianza de sus alumnos, despojarlos de inhibiciones y de falsos rubores frente a una ignorancia que aspira a ser sapiencia. Y debe esforzarse por enseñar, de la única manera que es eficaz; profunda y bellamente. A qué también la cultura auxilia a la Medicina. Sólo aquel que domine el arte de la estética sabrá decir con propiedad, crear las imágenes más adecuadas para fijarse en el entendimiento, para perdurar en la memoria, para acudir raudas al menor esfuerzo de evocación. Recordamos aquí las certeras palabras de Rodó: **Decir las verdades sin belleza es como dar el pan de malos modos.**"

La enseñanza de la técnica se realiza en un nivel superior, si el docente no se refiere únicamente a la misma, si no que va al plano del pensamiento abstracto y hace filosofía de la materia en cuestión.

El referirse en ocasión del estudio de aquellos tópicos de la Medicina, ahora

banales por lo repetidos, a los que con su esfuerzo, con su capacidad, con su visión genial nos legaron el caudal de nuestros conocimientos, hace que cada una de estas conquistas se actualice en el pensamiento del estudiante y le imprima el deseo de ser un motor en el incesante avance de las ciencias. Recuerdo que durante nuestra estadía en la Universidad de Yale, se le daba particular importancia al estudio de la historia de la medicina. Al entrar el estudiante para asistir a las clases, o para ir a la Biblioteca, debía pasar por un Hall donde día a día se exponían en vitrinas, en carteles los descubrimientos más famosos en los anales de las ciencias médicas. El descubrimiento de la circulación sanguínea, el genio de Harvey en acción. El descubrimiento de la anestesia, liberando al hombre de los dolores cruentos de las operaciones sin paliativo, el descubrimiento de la causa y la prevención de la infección purpural debida a Sommerweis y todos aquellos grandes que iluminaron el pensamiento médico.

Es un estímulo para la juventud estudiosa el visualizar la forma como tienen los descubrimientos, sus fundamentos en la obra del hombre.

En el Congreso de Educación Médica de Londres al cual asistimos, se insistió en la importancia de la cultura general en la preparación del futuro médico y en que el docente debe enseñar a los discípulos a ser humanos, a preocuparse por el hombre y sus problemas.

Me ha llenado de placer el leer aquí en Porto Alegre una hermosa alocución del Prof. Celso Aquino dedicada a los noveles médicos sobre la importancia de la cultura humanística en nuestra profesión.

Señores —

Cuenta las ciencias médicas con un importante terreno, el de la investigación. Allí está el silencio fecundo de las ideas, allí se incubaba la medicina del porvenir.

También en este aspecto la cultura humanística, facilita y propende a una mejor interpretación y ejecución de la labor a realizar.

Hay ciertas características que hacen del hombre un triunfador en aquellas empresas a las cuales aplique sus esfuerzos.

Entre ellas está el valor, la tenacidad y la sinceridad. Quien recuerde ese joven alto, rubio y decidido que se llama Limberg, quien recuerde el clamoreo con que el mundo saludó la intrepidez y coraje desplegado en su hazaña de aventurarse a unir en un solo vuelo el nuevo y viejo continente, sin otra compañía que sus propios pensamientos, sin otro auxilio que sus fuerzas físicas y morales, y quien haya leído el emocionante relato del vuelo del San Luis; creará, que nada más dispar hay en la vida que este joven audaz y el Dr. Carrel uno de aquellos investigadores que entre las silenciosas paredes de los laboratorios del Rockefeller Institute, asombraba también al mundo con sus atrevidas y delicadas experiencias, su extraordinaria habilidad manual para realizar intervenciones en nervios y arterias, y el vuelo imaginativo de sus pesquisas científicas.

Y un día estas vidas al parecer divergentes se encontraron. Y hubo una característica de sus espíritus que los hizo converger y fusionar sus inquietudes. Los dos tenían en sí el alma del explorador. Los dos amaban la incognita de lo desconocido, los dos tenían espíritu de conquista. El sabio Carrel encontró en Limberg un ser pronto para captar ideas y proponer soluciones, a su labor conjunta se debe el mantener vivo, aislado del medio orgánico por primera vez el metrónomo que nos acompaña y acompasa con su sonido el ritmo de nuestra vida, el corazón. Y así separado, palpitante se mantenía el corazón marcando en su sistole y su diástole, el paso de la ciencia en marcha bajo los ojos atentos de un aviador que ansiaba transponer otras barreras que las del tiempo y la distancia y las de un sabio médico que quería volar más allá de los límites de nuestros conocimientos.

Pero a aparte del coraje, aparte del espíritu de conquista, aparte de la ambición del saber, hay otros factores no menos importantes y que podrán decidir el éxito o el fracaso de un hombre de laboratorio.

Nada más necesario para un ser que permanece la mayor parte de su vida en un recinto limitado, el lugar donde realiza su investigación, que saber convi-

vir con aquellos que trabajan o colaboran con él.

El espíritu de generosidad de comprensión y de tolerancia, se hacen indispensables en los que tienen ante sí largas jornadas para recorrer, vastos campos para explorar, en el interminable rosario de los días.

La lógica y la filosofía son dos aliados importantes en el espíritu del investigador.

Una gran honestidad debe primar por encima de todos los otros deseos. Cuando el investigador arriba a una solución que encuadra con sus teorías, debe tener el coraje de someterla a todas las pruebas hasta ver que resiste el ácido corrosivo de todas las dudas.

Decía Pasteur a sus colaboradores:

Hay que cultivar el espíritu crítico. Limitado a este no es un generador de ideas o un estimulante para grandes cosas; pero sin él todo falla, tiene siempre la última palabra. Lo que yo estoy ahora pidiéndoles y Uds. pedirán a sus alumnos mañana, es lo que es más difícil a un inventor. Es verdaderamente una tarea dura, cuando Uds. creen Haber encontrado un importante hecho científico y están febrilmente ansiosos por publicarlo, contenerse por días, semanas, a veces años, pelear consigo mismo, tratar de arruinar sus propios experimentos y solamente proclamar el descubrimiento después de agotado todas las hipótesis contrarias."

Y añadiremos nosotros que una vez que ha salido victorioso de todas las pruebas, se necesita valorarlo en todo su alcance, darle significado, para ello se precisa en grado superlativo conocimientos generales de biología y de las leyes de la naturaleza.

Al leer por ejemplo a Sherrington uno no sabe que admirar más, si la belleza de los conocimientos del sistema nervioso por él descubiertos, su personalidad de investigador y su alma de científico, o el ser uno de los ejemplos más brillantes de conjunción de ciencia y cultura humanista.

La ciencia ha dado origen al espíritu de organización y este al método mediante el cual el hombre ordena, clasifica e interpreta los hechos que se ofrecen a su observación.

La curiosidad es uno de los estímulos que acicatean el espíritu del investigador y el imán que le hace fijar su atención en detalles para otros desapercibidos. Esta curiosidad respaldada de una gran preparación científica sabrá sacar partido de todos los datos que brinden los hechos. Para un verdadero científico los hechos tiene la soberanía de la verdad, y ante ellos se despojan de toda actitud mental preconcebida. Así lo expresa Claudio Bernard cuando dice: "Cuando yo estoy en mi laboratorio, comienzo cerrando la puerta al materialismo y al espiritualismo, observo solamente los hechos y no busco otra cosa sino la condición científica bajo la cual la vida se manifiesta por sí misma."

Hemos visto a través de nuestra exposición, el eterno duelo de la luz y la sombra en toda actividad humana, la verdad y el error, la sabiduría y la ignorancia, la bondad y la perversión y todos aquellos factores que van incesantemente a engrosar estas dos tendencias en pugna a lo largo de nuestra vida y de nuestra historia. Decía el célebre investigador W. Cannon, la inhumanidad de los humanos es lo que retrasa el progreso de las ciencias. Es nuestro deber, el deber de todos aquellos obreros del pensamiento que elevan con su esfuerzo el magno edificio de los conocimientos, hacer que triunfen las fuerzas que protegen la sociedad humana, de todo aquello que perjudica su ascensión y la vida individual de lo que perturba su paz y estabilidad emocional.

Decía Gabriela Mistral que todos los males del mundo derivan de las profesiones que no son ejercidas noblemente y con espíritu superior, los malos políticos, los malos médicos, los malos maestros, abogados, ingenieros y todo aquel que no desarrolla con honestidad y altura la parte que le cabe ejecutar en la vida, es un foco de infección y malestar, de caos y desconcierto en las actividades humanas.

En la lucha contra las sombras vemos que esta nos sigue y se agiganta proporcionalmente al desarrollo de nuestra inteligencia. Va pegada a nuestros talones. Y sabemos que en el curso de la historia muchas veces invirtió los papeles y

arrastró tras de sí al hombre, como aquellos antiguos romanos arrastraban a los vencidos atados a su carro triunfal.

Pero si se avanza en el conocimiento de todos los filósofos, poetas, científicos que como mojones en la senda del pensamiento lo guían y orientan, arribará el momento en que el caminante mirará

hacia atrás y verá que la sombra ha desaparecido, se cumplirá de este modo la profecía bíblica que dice: "llegará un día que como un humo se desvanecerá el mal sobre la tierra" entonces bañado de luz, se encontrará el hombre bajo el cenit del conocimiento y habrá llegado a su destino.